



La edad media de la modernidad

Juan Durán Arrieta

Texto leído en Nuevo Casas Grandes, a propósito de la presentación del libro con ese título del Dr. Iván Valdez Jiménez

“...empezar a construir un mundo mejor.”

Así, con esta frase que podría parecer esperanzadora, termina el libro que presentamos. La frase, no se sabe si quisiera ser un relato, lo que sí es cierto es que hace un recuento interesante de las formas como en la actualidad nos engañan los que dominan y nos engañamos nosotros, los dominados, que procuramos acomodarnos, aceptar el mundo tal como aparentemente es, para dejarlo así, vivirlo así, como si estuviera prefigurado irremediablemente así.

Conocí a Iván Valdez Jiménez protagonizando una de sus varias luchas políticas, lo cual habla de su congruencia, es decir, actúa y llena de calor lo que dice. No podemos, entonces, decir que nos encontramos con una persona inconsecuente; todo lo contrario, piensa que el mundo es insostenible como está, y para ello hay que hacer algo, intentar transformarlo para que haya la posibilidad de un mundo mejor.

Se nota en sus palabras —en sus modos de decir las— una esperanza, una resistencia y un deseo permanente. Así, con todas esas expectativas y emociones juntas como un amasijo de rebeldía, como un deseo de penetrar las entrañas del sistema capitalista para luego denunciar lo que encuentra, trata de carcomer desde sus estructuras y salir a decirnos no solo que esto está mal, sino que estamos obligados a hacer algo para que sea de otro modo.

Esa y no otra es la tarea de que se ocupa este libro que hoy presentamos. Considera nuestro autor que nos encontramos quizá en los albores de varios lugares desde donde se abren grietas, por lo tanto, oportunidades para socavar este edificio aparentemente sólido en que deviene el capitalismo. Valdez Jiménez nos dice:

Es en este sentido de carcomer los fundamentos de la modernidad en el que se desarrolla este estudio con el único fin de denunciar sus mitos: el mito del sujeto libre, el del progreso a través de la ciencia y la razón, el mito del homo economicus y el mito de la democracia. Denunciarlos implica empezar a desenmascararlos, pues solo así podremos empezar a definir al sujeto de la nueva Era, y, con ello, la posibilidad de Otras instituciones y Otras formas de concebir el mundo, un mundo que nos pertenece a todos y que él mismo nos necesita ahora más que nunca (p. 178).

Percibo en lo que dice un halo de posibilidad optimista, aun cuando en todo el libro lo que encontramos es una crítica acerba, quizá triste y melancólica, de lo mucho que se oculta, pero también de lo mucho que queda por hacer. Recorrer sus páginas, recoger sus denuncias sobre la atrocidad que cometemos contra nosotros mismos y

la devastación que hacemos de la naturaleza, nos refleja no como los seres que nos prometieron y nos prometimos ser, civilizados, sino producto de una barbarie descomunal cuyos instrumentos de horror son precisamente aquellos sobre los que se juró que serían nuestra salvación y nuestra capacidad de un mundo mejor.

Hay en el texto de Iván Valdez una profunda desolación y, a ratos, la consciencia de una batalla que casi nace perdida. Es mucho lo que habría que hacer. Mucho lo que falta, pero como he dicho en otros estudios que realizo, es mucha la ruina que se acumula sin cesar, hasta el cielo.

Una situación me congratula con el autor: su vida congruente con la lucha política. Su vida entregada a la crítica permanente del quehacer público; pero, sobre todo, su labor cotidiana de maestro comprometido, en nivel de primaria y en nuestra querida Universidad Pedagógica Nacional, de donde mana lo mejor de lo que puede haber en educación en este país.

No soy ingenuo. Sé que en nuestra universidad se produce lo mejor en pedagogía, pero como todo lo que toca el modelo neoliberal, que acecha y amenaza de muy diversas formas, también comienza a extender sus tentáculos sobre nosotros, de muy diversos modos, de distintas maneras. Uno de ellos, considerar que todo lo que diseña ahora en sus planes y programas, proyectos de diplomado y de especialidades, tiene que estar sustentado en el esquema de aprendizaje basado en competencias.

Este modo de hacer pedagogía, de diseñar contenidos, es una manera que utiliza el sistema-mundo capitalista —como nombra nuestro autor en el libro a la realidad que vivimos, al mundo que vivimos — instala entre nosotros, en esta institución que parece querer dejar la crítica para mejores tiempos, un solo modo de hacer educación. Compañero Iván, hay que decirlo, se cierne sobre nosotros y sobre nuestra institución un modo de pensamiento único, de modelo estandarizado de aprendizaje que significa un lastre para todos.

Dicho de otro modo, el Ogro que nos acecha extiende sus tentáculos y ahora se ha metido

hasta la cocina de nuestro quehacer. Tenemos que hacer algo por evitarlo. Es necesario que las voces críticas como las suyas se acerquen a otras voces para que hagamos comunidad justo ahí donde amenaza el individualismo, con toda su estela de egoísmo y de barbarie.

El libro que tenemos aquí y que nos aglutina esta tarde, es fruto de la preocupación por hacerle un alto al Ogro que acecha, pero que alimentamos con muchos de nuestros pequeños grandes actos. Alimentamos al ogro del capital con el consumo desenfrenado de objetos que no necesitamos, con el afán denodado de estar siempre a la moda, ir con lo último, consumir novedad, acelerar el paso hasta hacernos de una cultura de la prisa que, como flagelo, nos consume y termina consumiendo todo a su paso.

Una situación si se quiere precaria anima un poco el estado de tristeza y melancolía que me deja su libro, es saber que se encuentra usted como yo, en el mejor lugar para hacer algo, esto es, en la actividad educativa, pero, sobre todo, en una institución que está —y debiera recordárselo a cada rato— obligada a cumplir con la misión de su lema: “Educar para Transformar”.

¿Si no es aquí, en nuestra querida Universidad Pedagógica Nacional, entonces dónde? No será en esos múltiples lugares de escuelas privadas donde se hace apología de la ganancia. Tampoco en muchas de las escuelas públicas, donde se considera que estamos aquí para idolatrar la riqueza y caminar en pos de intereses económicos, como los únicos fines en la existencia de cada quien. Debemos decir, a modo de denuncia, que cuando emprendemos una educación de este tipo, lo que hacemos es despojar a los sujetos, en este caso nuestros alumnos, de lo mejor de sí mismos. De sus condiciones de existencia, de sus anhelos más profundos, esos que tienen que ver con el deseo de solo ser seres humanos que cuentan en su sociedad, que se resisten a la invisibilización de un modo de hacer las cosas donde primero es el sistema y luego los seres humanos que lo habitamos.

Usted denuncia, en el libro, que nos gobiernan mitos. En ocasiones percibo una conno-

tación peyorativa del término. Es decir, que mito es conocimiento considerado tradicionalmente no válido, en contraposición con la ciencia, cuando en realidad sustenta muchas de nuestras cosas en la realidad cotidiana, con todo y sus instituciones. Se nos ha enseñado, como educación que contribuye al estado de cosas, que resulta un mito aquel relato ilusorio, fantasioso, desprovisto de datos empíricos que pudieran darle algún valor.

No obstante, en el libro usted nos presenta con profunda nitidez cómo esa aparente irracionalidad se nos vendió como no deseable, y por ello la trocamos por la razón y su estela de juicios a través de la ciencia, aunque en realidad esa razón, a su vez, sigue siendo un mito. Horkheimer y Adorno, en su ya reconocida obra *La dialéctica de la Ilustración* —un libro por el que podríamos pasar todos, para estremecernos y descentrarnos de las cosas que hacemos con frecuencia— denuncian que se nos prometió que con la Razón resolveríamos nuestros atrasos y nuestros modos oscurantistas de resolver los problemas sociales, para terminar dándonos cuenta de que esa Razón que prometía disolver el mito, terminó a su vez partiendo de un mito, ese que consiste en situar al hombre y su afán de dominio sobre la naturaleza como si fuera un deseo natural, cuando en realidad es un punto de partida espurio, convencional y funcional para un sistema depredador, pero falaz para un sistema humano y verdaderamente científico.

Creo que acierta usted en sumergirse en las entrañas del sistema capitalista para mostrar su profunda irracionalidad justo ahí donde dijo que sería meticulosamente racional y neutro, en sus descripciones del mundo. Acierta usted también cuando, abrevando de otros autores que han pensado esta modernidad perniciosa, nos dicen que todo lo construido desde la “razón pura” kantiana, tiene que ver a su vez con la misma gata, pero revolcada.

Ya antes, en otro lugar, dialogaba y discutía con un compañero estudioso de la filosofía, allá en Chihuahua capital. El diálogo versaba más o menos en términos de que el propio Kant, podría decirse, uno de los más grandes filósofos

“modernos”, para plantearse la necesidad de desmitificar las explicaciones de la realidad, es decir, sacarlas del mito, usaba el término “razón pura” cuando “lo puro” es un adjetivo que solo le puede concernir a Dios.

Evidentemente, estábamos hablando de la forma como hasta en los discursos más laicos y profanos, se ocultaba lo teológico. Es el capitalismo una nueva teología profana, como nos lo dice Franz Hinkelammert, ese filósofo alemán vecindado en Costa Rica. Una teología profana que sabe guardar muy bien a sus dioses, algunos de los cuales refiere usted: el «dios ganancia», el «dios trabajo», el «dios progreso», el «dios razón» ... todos ellos con su estela de ruina.

Su trabajo prefiere revisar el mito. No sé si le aguarde a usted la posibilidad de ver el capitalismo como una religión, con sus rituales, sus culpas y, con ello, su cúmulo de víctimas necesarias para que el sistema persista. Denuncia usted, compañero, los genocidios registrados en la historia para que el sistema prospere y pueda seguir reproduciéndose. Debo decir aquí que Hegel justificaba con sobradas razones e intenciones, las florecillas que debían quedar en el camino para que el todo, sea la sociedad, el sistema político, la economía u otras entelequias creadas por los seres humanos que dominan, puedan seguir persistiendo.

Es un modo racional, podría decir, “civilizado” de instaurar, o mejor, instituir la barbarie, solo que con el preocupante adjetivo de “civilizado”. Se trata la nuestra, la actual, de una “barbarie civilizada”, como he sostenido en otros lugares. Se instaura la “barbarie civilizada” cuando hablamos de «sustentabilidad», de «daños colaterales». Acuñamos nuevos modos de nombrar algunos de nuestros actos, eufemismos todos, para que no se note el daño, para que haya una razón que justifique ese salvajismo contra la naturaleza, algunas veces, y contra nosotros mismos, otras.

El libro denuncia de forma abundante cómo se nos pintó la edad media como una época oscura, en tinieblas, siniestra y descaradamente inútil, por retrógrada. De ese concepto para una etapa de la historia humana, deviene el otro con-

cepto, que tiene que ver con el Renacimiento, que no es otra cosa que volver a nacer, es decir, a retomar los orígenes. Esos orígenes, por supuesto, no eran otros que el mundo griego, allá donde se habían quedado ideas sobre la redondez de la tierra, sobre el átomo y el concepto de número.

Se nos ha pintado una edad donde el ser humano se perdió política, epistemológica, social y culturalmente hablando. Es decir, aquello fue un desastre, pero sobre todo una pérdida de tiempo. ¿Qué hubiera sido de la humanidad —me enseñó un maestro en mi etapa de licenciatura— si en lugar de mil años de edad oscura, hubiéramos continuado por la senda de la razón ya instaurada por los griegos? Otro mundo nos aguardaría, nos decía el profesor como respuesta.

Pues Iván Valdez Jiménez nos muestra cómo esa edad oscura es contrapuesta con el Siglo de las Luces que, como una impostura, se denomina Ilustración. La idea está clara; para nuestro autor, se opone oscuridad con iluminación, se equipara oscuridad con maldad y luz con bondad. Toda esa maldad sería desterrada si le ponemos luz —es decir, razón— a lo que creemos. Toda esa fiebre por la superchería quedaría despojada si en su lugar ponemos a la ciencia como la gran panacea para todos nuestros problemas.

El autor no se detiene en ejemplos donde la propia ciencia y algunos de sus resultados han sido más barbarie. Nos advierte de lugares donde la ciencia ha sido inoperante e inútil, por ejemplo, para sacar de la pobreza a millones de personas en el planeta. No nos hemos superado, no hubo todo lo que nos prometieron, como no hay, todavía hasta ahora, todo aquello que se dijo que habría si nos acogíamos a este tipo de pensamiento. Valdez Jiménez trata de señalarnos que hemos sido engañados, que aún lo seguimos siendo, si no hacemos crítica del estado de cosas que persiste.

Una situación concreta animó la lectura del libro del colega aquí presente; a saber, que ambos nos encontramos en el lugar adecuado. Somos profesores, hacemos crítica constante de nuestro quehacer y la realidad que lo circunda. No hay otro modo, dada la tarea que nos asiste. Una educación crítica es lo que puede salvar, una toma

de consciencia necesaria, pero no sobre la «falsa consciencia», esa que no se da cuenta de cómo se ocultan las trampas de este sistema capitalista que nos permea y traspasa por todos lados. Es en nuestra actividad de crítica implacable como nos hacemos presentes, confrontando el estado de cosas. Es en nuestro quehacer diario donde estamos obligados a oponernos, a seguir sosteniendo con nuestros pequeños actos la posibilidad de que otro mundo sea mejor.

El compañero desnuda los mitos que sostuvieron la Edad Media. Entre ellos relata varios que sostuvieron ese modo de ser sociedad. El primero, el Rey como representante de Dios en la tierra (el mito político); luego el feudo, que no es otra cosa que la relación que se dio entre nobles y plebeyos para producir bienes y brindarse seguridad (el mito económico); el mito anti ciencia, que se traduce en la persecución, tortura y muerte de brujos, hechiceros, herejes y chamanes; y finalmente, dedicar la vida entera a Dios para ganarse el cielo al morir, esto es, el mito del sujeto medieval.

Uno a uno, nos muestra cómo fueron siendo derribados por renacentistas como René Descartes con su “pienso, luego existo”, por los nuevos pensadores de lo político, que pretendían instaurar el reino de la libertad, y finalmente por los científicos, que garantizaban un mundo donde la razón nos sacara del atraso y nos garantizara prosperidad traducida en progreso. Un progreso eterno, por cierto.

Un suceso parece para él relevante: la muerte de Dios instaurada por Nietzsche. Con la muerte divina se da pie a la existencia de otros dioses que sostengan el nuevo orden que está por instaurarse.

Cuando leía el capítulo dedicado a la desaparición de los brujos y brujas, hechiceros y magos, pensé en un libro de la filósofa Esther Cohen, titulado “Con el diablo en el cuerpo”. Lo leí hace alrededor de un año. La tesis central del libro es hacer justicia a los caídos que tuvieron que dejar de ser para dar paso al nuevo modo de concebir el conocimiento, esto es, los costos que hubieron de pagarse para que la ciencia se irguiera orgullosa,

en aras, supuestamente, de generar conocimiento desde la lógica de la prueba, de la evidencia a favor, es decir, desde la instauración de un conocimiento que tuviera que ver más con la verdad.

Una vez desentrañados los mitos de la Edad Media, el colega se embarca en la definición de los mitos que mira en la modernidad, como esa etapa idílica que nos prometía la luz, el progreso y el estado de bienestar. Nada más lejos. Primero, demuestra que la época actual también se instaura bajo la lógica de nuevos mitos, lo que significa que no se puede prescindir de los mitos como respuestas a las preguntas de los humanos.

Los mitos de la modernidad, para el autor, se presentan primero como la razón y su estela de progreso, esto es, el mito de la ciencia. Luego desnuda la otra idea mítica que tiene que ver con el individuo libre, al que define como el mito del sujeto moderno, para luego sostener la idea de un homo economicus que da contenido al mito económico, cuyo reino es la ganancia, y finalmente la democracia, el hipermito, pues contiene los grandes relatos que dan soporte al sistema capitalista.

Cada uno es ahora el soporte de la modernidad. Cada uno se oculta, porque engaña y nos establece un relato aparentemente distinto de la época oscura que pretendió derribar. Ni el hombre es libre en esta modernidad que lo asedia por todos lados, de muy distintas maneras; ni la economía y la productividad nos lleva a más progreso, es más, ni siquiera al estado de bienestar. Tampoco vivimos sistemas democráticos cuando en el mundo hay una gran cantidad de excluidos, olvidados y abandonados que no pueden incidir en el sistema político, en formas de organización social que pueden ser alternativas. La razón como ciencia se ha convertido también en un relato que sustenta el estado de cosas que persiste, en el mejor de los casos, en el peor, contribuye a desastres como las guerras, los exterminios masivos de personas y la depredación de la naturaleza.

Uno a uno, los va presentando con su carga de horror. Eso, para el autor demuestra que vivimos una edad media de la modernidad, que lo prometido no fue tal, que nada de la desmitificación, después de demonizarla, se ha cumplido; en

suma, que seguimos en el mito como una forma de seguir siendo sostenidos por lo que tanto se criticó.

Es un libro interesante. Se colma de ejemplos donde muestra la sencillez de su escritura. Debo decir que me sentí identificado con la temática porque la he trabajado. La primera vez que supe de Iván Valdez fue en una reunión sobre investigación que tuvimos en Chihuahua capital. Ahí se me ocurrió hablar de que la sustentabilidad no era más que un mito de la modernidad. Evidentemente me refería a que aún hay trabajos que se registran en nuestra universidad con esas temáticas.

Observé a Sandra Vega Villarreal, otra destacada investigadora de nuestra casa de estudios, cuando sintieron que la temática de los mitos era precisamente una de las preocupaciones de Iván. Sospeché en este trabajo que ahora tengo en mis manos y que he leído con interés. Yo mismo he dedicado los últimos cinco años de mi vida a desentrañar la forma como esta modernidad se oculta. Aunque mis preocupaciones tienen que ver más con la teología que con la mitología, reconozco que ambas formas de explicación humana están presentes en muchos de nuestros actos.

No obstante, yo creo que la categoría central de toda esta barbarie es el tiempo. Ese que le puede jugar una mala pasada a Iván también, cuando se instala en el carácter lineal del tiempo. Lo hace cuando divide a la historia en etapas, pero sobre todo cuando en las últimas páginas del libro diserta sobre si nos encontramos en una posmodernidad o en una transmodernidad. Muy lineal, me contesté.

Ya Giorgio Agamben dijo al respecto que el concepto de tiempo se le metió a la ciudadela al materialismo histórico y, ahí, puede radicar buena parte de los fracasos que ha tenido. Quisiera suponer que el compañero Iván sería el primer invitado a revisar si el tiempo no es la gran categoría donde se ocultan todos los males que nos amenazan. Que mientras no desnudemos sus tramas y enredos, seguirá poniéndonos zancadillas y múltiples obstáculos para que no tengamos un feliz puerto.

Yo lo invito a llevar sus tesis a una idea que percibo detrás de todo el texto que nos entrega ahora, a saber, que el tiempo se encuentra detenido, que no fluye, que es como un eterno instante, de ahí que la modernidad siga siendo como la edad media y que, por lo tanto, las etapas siguientes continuarán sustentándose en puntales similares.

Primero hay que bajar el concepto de tiempo de su pedestal. No es una naturaleza que nos trascienda, como dijo primeramente Newton desde sus teorías científicas, y luego Kant, que situó el tiempo dentro de nosotros, no afuera, para que pudiera explicarse como un absoluto, es decir, algo de lo cual no podemos prescindir cuando observamos un objeto o una persona.

Otros filósofos que aún viven, como Giacomo Marramao, Reyes Mate o José Antonio Zamora, sin dejar de mencionar a Gershom Scholem y algunos más, nos dicen que se trata de una categoría con una profunda carga ideológica, desde la cual dominan los que siempre han dominado, pues descubren los servicios que es capaz de desplegar para que el estado de cosas persista. Se trata de una idea de tiempo producto de los seres humanos, nada abstracta, sino profundamente concreta, es el pedestal de la realidad natural del tiempo lo que oculta sus alcances y la forma como lanza sus redes para mantenernos atrapados y en sus garras.

Ya una vez un profesor me preguntó, en el doctorado que recién hice:

—Tengo varios años ya caminando contigo, escuchándote, y espero el día, el momento en que me digas que tu trabajo es posmoderno. No te escucho hablar de posmodernidad, ¿por qué?

—Le agradecí la pregunta. Primero porque sentí que se había ocupado mucho tiempo con esa espera, luego porque sentí que daba en un punto central de mi trabajo, a saber, que no puedo aceptar el tiempo lineal, porque hago un esfuerzo descomunal por considerarlo detenido, como un instante eterno... y cuando lo hago, miro el mundo de otro modo, me sitúo en él de manera distinta y me otorga otra mirada, una mirada muy otra, muy crítica, considero.

Más allá de la crítica que estamos acostumbrados a realizar, como resulta en el trabajo que ahora nos reúne aquí. Gracias, Iván, por esta entrega. Ojalá sea la primera de muchas. Es usted parte de una línea de pensamiento crítico que mucho necesitamos instalar en nuestra querida Universidad Pedagógica. Muchas gracias a todos por su paciencia y por escucharme, y muchas gracias a Iván por este pretexto para reunirnos a todos. Enhorabuena...